

# LA LIBERACION DE LA MUJER

En este momento histórico, cuando la mujer en ciertos sectores de la sociedad humana se está descubriendo como una persona igual al hombre y capaz de tomar su propia vida en sus manos, me parece importante aclarar la condición histórica de la mujer, por qué se siente marginada y en necesidad de ser liberada, y qué parte puede tomar la liberación de la mujer latinoamericana en la renovación de la sociedad.

Muchos indudablemente dirán que si una mujer está marginada, es culpa suya, que hoy puede estudiar, trabajar y desarrollarse igual que el hombre, y que en el fondo es la mujer la que domina la sociedad. Es posible señalar al matriarquismo de Venezuela como indicación del papel central de la mujer en esta sociedad. Pero, ¿a qué se debe este matriarcado sino al abandono de la mujer de una parte y a su idealización de la otra?

En cuanto al movimiento feminista, es más fácil aún indicarlo como expresión del poder dominante de la mujer en muchas partes del primer mundo. Pero la mujer, al abrazar el feminismo, con demasiada frecuencia se aísla del mundo masculino y rechaza al hombre, humilla al que antes endiosaba, pagando a su opresor con la misma violencia con la cual ha sido tratada a través de los siglos. En Nueva York se ven hombres cargando pancartas en la Quinta Avenida pidiendo la liberación del hombre oprimido en su hogar por la mujer (!). A lo mejor, hoy estarán estacionados delante del nuevo banco feminista, regido por mujeres para mujeres. La defensa de la mujer sigue siendo la de la violencia que finalmente consume al que la violó, como el blanco que hoy en Africa paga el precio de su explotación del negro ayer. En el momento de sentirse libre es cuando más demuestra su condición de oprimida, y lanza su grito de frustración desde el corazón de su dolorosa soledad; su miedo al macho, que la en-

cierra en su soledad, se endurece en su ruptura profunda. La mujer oprimida o se hace esclava del hombre, como en el mundo machista de América Latina, o lo destruye, como en el mundo feminista del norte.

El gran escritor inglés, D.H. Lawrence, es uno de los voceros más vehementes contra el poder destructivo de la mujer. Se alió con los fascistas intelectualmente en la persecución de los judíos en el sentido de que acusaba a los judíos de haber creado una sociedad matriarcal que suprimía la fuerza natural del hombre y por eso había traído el desequilibrio al mundo. Decía que las fuerzas —para él femeninas, porque las identificaba con su madre— de la cultura o del cultivo de las sensibilidades, preponderaban en su sociedad sobre las fuerzas de la naturaleza —que él consideraba masculinas, porque las identificaba con su padre— y que hacía falta reforzar el poder masculino en el mundo (!). Pero lo grande de Lawrence es que dio una importancia enorme a la relación insana del hombre y la mujer, y ubicó la ruptura de la pareja en el dualismo del judeocristiano que divide la vida en el sábado o domingo sagrado y los días de la semana profanos, o bien, divide al hombre en alma (buena) y cuerpo (malo). Al descubrir la unidad del mundo, Lawrence puso su esperanza en el renacer de la pareja humana.

En este mundo dualista, la mujer sólo se ha conocido como un ser protegido y amenazado a la vez, desde la cuna, y en poco tiempo descubre que la causa es una constante preocupación por su virginidad de parte de los que la rodean. En nuestros barrios y pueblos, por ejemplo, las niñas casi siempre andan en pantaletas y desde pequeñas aprenden a sentarse con la piernas cerradas, mientras los niños andan desnudos y pueden sentarse como y donde quieran. Así que la mujer también pronto descubre que el macho está relativamente libre y de ahí concluye que la virginidad es un atributo femenino pero no masculino. Una tercera intuición que ella tiene sobre este punto es que su virginidad está en función de su relación con el hombre, es decir, comprende (en un mundo donde decide el hombre) que es él quien está dando importancia a su virginidad. La situación de la mujer hace que siempre conozca su inferioridad en el campo de la elección, de la decisión, aun en algo tan profundamente personal como es la entrega de su propia persona. Ella aprende que ser femenina es esconderse entre los polos del idealismo y de la naturaleza que combaten en el hombre, y por eso tampoco se define. El que siempre ha decidido es el hombre; él también la definirá. El decidirá si ella debe responder a su ideal o a su pasión, pero

difícilmente la dejará responder con la integridad que es propia a la mujer; protegiendo su propia independencia dualista, él no puede sentirla como persona, porque lo cuestiona hasta las raíces de su fuerza masculina, que se esconde en este dualismo. Por eso explota el condicionamiento tanto como el instinto de la mujer que la hace dispuesta a servir y a adaptarse más que a defenderse a sí misma, a intuir los deseos del hombre más que a analizar o a criticarlo. Es esta misma capacidad de entrega total acrítica lo que creo la ha mantenido marginada a un rol servil y frecuentemente excéntrico en todos los niveles de la sociedad a lo largo de la historia, aunque a veces disfrazadamente, como hemos visto.

### EL ENCUENTRO DE LA MUJER CON EL HOMBRE

Como G.B. Shaw es uno de los autores más originales en cuanto a su percepción de la mujer, me parece que un análisis de su obra "Pigmalión", que hace poco fue presentada en la televisión venezolana, nos puede dar alguna luz al menos sobre la naturaleza del problema de la mujer frente al hombre. En esta obra, él nos presenta una joven pobre y vulgar, vendedora de flores en la calle, que se deja transformar por un profesor de fonética en una señorita fina —"gente bien"— que conquista a la sociedad alta de su Pigmalión, una sociedad cerrada, de la cual emanan las leyes sociales con las que se miden el bien y el mal, y finalmente levanta su voz de mujer liberada.

Eliza Doolittle, la muchacha, tiene su primera verdadera introducción al mundo masculino al penetrar la casa del profesor Higgins, quien promete enseñarle a hablar el inglés como una dama y así darle la posibilidad de conseguir un tipo de trabajo más de acuerdo con sus aspiraciones. Allí tiene un encuentro con tres hombres: su mismo padre, un hombre del pueblo que no puede darse el lujo de mantener los valores burgueses, y sin ningún escrúpulo trata de vender su hija a los dos señores; el coronel Pickering, un caballero muy correcto cuyo primer impulso es de proteger a Eliza; y el profesor Higgins, un intelectual y el tipo de hombre más problemático para la mujer, pero el único que puede descubrirla a sí misma. Eliza conoce el tipo de hombre que representa su padre, el hombre natural, que busca a la mujer porque no puede vivir sin ella, pero a la vez presiente de ella en sus salidas nocturnas a los bares donde puede hacer discursos filosóficos y políticos. Eliza ya sabe muy bien defenderse contra su estilo de opresión, pues llega a la casa del profesor todavía virgen; pero, creyendo que todos los hombres la buscan por la misma razón y la evalúan bajo

una misma óptica, no se cansa de repetir la misma frase: soy una muchacha buena. En cuanto al buen coronel, él la trata con tanto respeto paternal que no hay ningún peligro de que una joven apasionada como Eliza se enamore de él; con él, su defensor, ella puede descansar en su lucha hacia la liberación femenina. Ella se siente libre para llorar delante de él y decirle sus tonterías, y por lo tanto puede admirarlo abiertamente para así encubrir su verdadero problema. No podemos caer aquí en el error de pensar que el profesor Higgins resulta ser su problema, no; la espina está bien metida en su propia carne, pero él se la hace sentir. El no cae en absoluto en el paternalismo que pone una gran e impasable distancia entre el hombre y la mujer; tampoco mira hacia la mujer con el erotismo que ella conoce de sobra, aunque Higgins sabe dar la vuelta y enamorar a cualquier mujer, según el testimonio de su propia ama de casa. Un hombre apasionadamente absorbido por su ocupación creativa, esto lo deja completamente libre frente a Eliza como su discípula. Como él se concentra sobre lo que tiene que hacer en el momento, es capaz de agarrar el momento y abrir nuevos caminos; su imaginación vuela porque no se deja frenar por las objeciones prácticas que muchas veces matan a las iniciativas. Es un hombre viril, directo, con sus pasiones bien canalizadas; por eso es libre para tomar riesgos e inspirar al otro a tomarlos también.

Fascinado con la perspectiva de convertir a esa muchacha ordinaria en aristócrata, para así hacer ver que los dichos aristócratas no tenían nada de superior más que su pronunciación, como el gran maestro que es, se dedica día y noche a su tarea, sin dar importancia a las sensibilidades de Eliza a quien hiere constantemente. Pero ella, consciente que le está abriendo nuevos horizontes, se superpone y trabaja para él con el mismo ánimo que él para ella. Ello lo idoliza, le es como un dios, invulnerable y con un poder absoluto sobre ella, porque al tomar el riesgo con él, puso su vida en sus manos. Ella se sienta a comer con los caballeros en su mesa, como igual, pero su profundo conocimiento de su inferioridad de mujer se expresa espontáneamente en todas sus atenciones a la persona de Higgins, aun al punto de buscarle siempre sus chancletas. Como ni el coronel ni el profesor la amenazan sexualmente, ella va bajando sus defensas. La mujer sabe por instinto y no sólo porque le han dicho, que su virginidad y su libertad están netamente conectadas. Pero en el fondo la mujer no quiere su libertad en la misma manera que la quiere el hombre. La mujer protege su libertad para evitar tanto la independencia como la dependencia, pues

lo que ella busca es la interdependencia. En ella reside el secreto de la pareja. El hombre, al contrario, es fundamentalmente un soltero. Su sentido de libertad está identificado con su deseo de la independencia. Y su independencia le parece posible solo en un dualismo establecido. Cuando la mujer trata de agarrarlo por una parte, él todavía puede escapar por la otra. Por eso mismo es la mujer, como demuestra Shaw en varias obras, la que escoge al hombre y no el hombre a la mujer, aunque sea él quien la amaestre.

Miremos nuevamente al cuadro que nos pinta Shaw de Eliza confrontando al Mundo masculino representado por su padre, Pickering y Higgins. A pesar de las aparentes divergencias entre los tres, los hombres se comprenden. Es ella, que está afuera y que habla otro lenguaje, la que incita a uno a venderla, a otro a protegerla y al tercero a dominarla. Ninguno de los tres hombres la considera como persona cuyo futuro tenga relevancia. Las únicas personas que se preocupan por su futuro son dos mujeres, la ama de casa y la madre de Higgins. El hombre se aprovecha del momento para crear con su mente o con su cuerpo mientras que la mujer pide la continuidad. Pickering, el aparente defensor de la mujer, en el fondo no se diferencia del hombre que ve a la mujer como objeto de su placer, porque se escandaliza fácilmente, y lo primero que pregunta a Higgins, al iniciar el proyecto con Eliza, es si él sabe respetar a la mujer. Pickering, por ser un hombre bueno de poca imaginación, ha sublimado su sexualidad tanto como su idealismo y por eso se ha hecho un solterón y está fuera del combate. Sus escrúpulos nacen de su falta de definición. La tensión masculina se ve de verdad entre Doolittle y Higgins, entre el hombre que vive sus pasiones filosóficamente, y el hombre que vive su filosofía apasionadamente. Ellos al instante se comunican de hombre a hombre, y luego Higgins dice que si le sigue escuchando a Doolittle perderá sus principios, igual que, por causa de la intervención de Higgins, Doolittle se ve forzado a adaptarse a unos valores burgueses y al final de la obra se casa por la iglesia con su compañera de muchos años.

Doolittle y Higgins son las dos verdaderas caras del hombre que ha dividido la mujer en dos clases: la buena, con quien él pudo casarse, y la mala, que le sirve de objeto de placer. Se puede decir que en el punto extremo de la división por un lado se encuentra la monja, que se ha dicho esposa de Cristo y víctima, y al extremo opuesto la mujer abandonada y, más aún, la prostituta. No me parece nada extraordinario por eso que más y más se vean grupos de religiosas insertándose en los barrios de prostitución. La misma fra-